

# Vial Correa y la universidad

Recientemente fue designado rector de la Universidad Católica —por un tercer período— el profesor Juan de Dios Vial Correa. Se trata de un nombramiento hecho por la Santa Sede tras un proceso de búsqueda en el que tuvo participación, en diversos grados, toda la comunidad universitaria: profesores, alumnos y funcionarios. No se trataba, ciertamente, de un proceso democrático, sino simplemente participativo.

Tras meses de búsqueda, la autoridad de la Iglesia decidió mantener en su cargo al actual rector de la UC. ¿Por qué? En la homilía en que fue proclamado el rector, el cardenal Oviedo señaló lo siguiente: "Conocemos bien la gestión tan meritoria del actual rector. Ella se prolongará para el próximo quinquenio... En nuestra nación se está dando una prioridad bien definida a la educación, lo que es un signo muy positivo para el progreso social del país y se responde así a los desafíos de las nuevas generaciones. Estamos seguros, y lo confiamos a Dios, que la nueva gestión como rector que iniciará el doctor Juan de Dios Vial Correa podrá, con la comunidad universitaria, cumplir de verdad con estos apasionantes desafíos".

Sin duda hay muchas cosas que corregir y mejorar, pero no deja de ser positivo este nombramiento. Un año como presidente de FEUC me permitió conocer más cercanamente al rector Vial. Muchas veces estuvimos de acuerdo y en muchas otras discrepamos, pero en lo sustancial aprendí a admirar su penetrante inteligencia, su fe profunda y cultivada, una amplia cultura humanista, su voluntad de servicio y una auténtica y fecunda vocación universitaria.

Durante su rectorado muchas cosas han pasado en nuestro país y en el sistema universitario

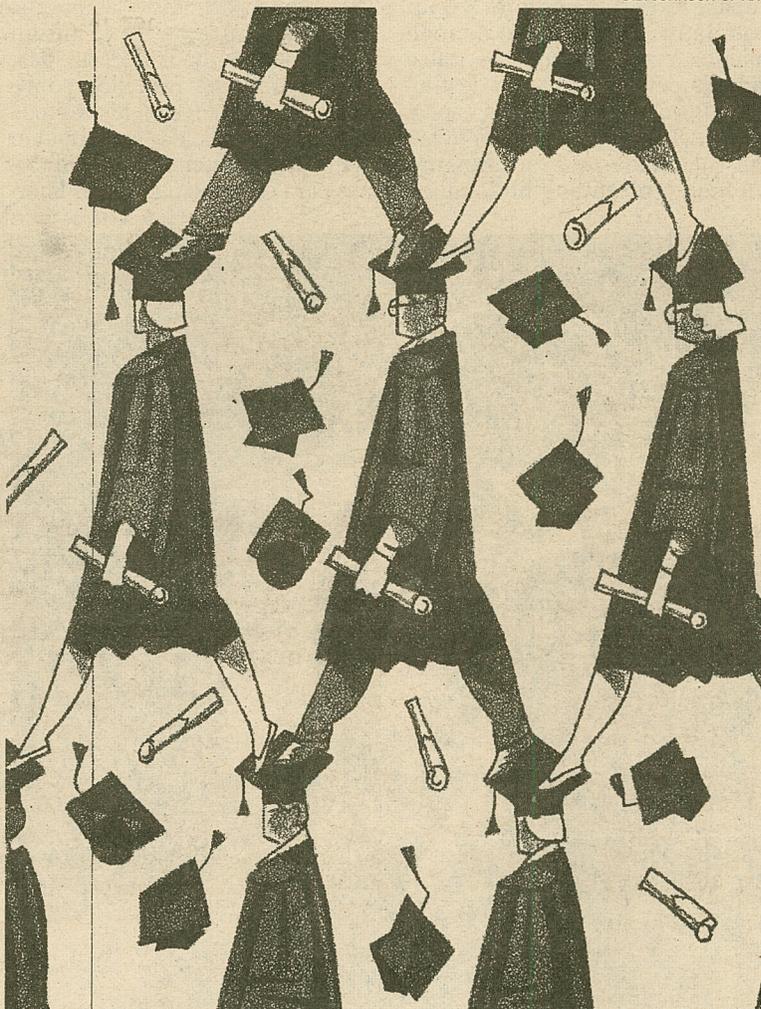
nacional. Desde aquellos días de las protestas y movilizaciones estudiantiles hasta estos actuales, en que la actividad se ve disminuida y opacada en una aparente o real apatía juvenil. A pocos años de terminar el siglo XX, es preci-

**ALEJANDRO SAN FRANCISCO R.**

so replantearse de manera madura y positiva el sentido de nuestra educación universitaria, sus principales problemas y sus mayores aspiraciones y perspectivas.

Pongamos varios temas en la mesa de discusión.

D.B. JOHNSON-OP ART



Por ejemplo, es preciso que no nos olvidemos de que las llamadas universidades complejas —léase: las universidades de Chile, Católica y de Concepción— no logran financiarse con su presupuesto operacional, y sólo logran permanecer con saldo positivo gracias al aporte que significa la permanente contribución del Estado, de un canal de televisión o de un juego de azar. Eso debe llevarnos a ser creativos en un sistema permanente de financiamiento universitario.

También comenzará a operar en nuestro país el nuevo sistema de Fondo Solidario de Crédito Universitario, el cual deberá enfrentar las observaciones propias de un mecanismo que se estrena, a la vez que deberá dar una respuesta adecuada a un tema central muchas veces eludido: que los beneficios alcancen a todo el sistema universitario en su conjunto y no sólo a los planteles tradicionales.

Por otro lado, se hace necesario que entendamos la importancia de que nuestros académicos realicen estudios de postgrado en el exterior, de tal forma que nos ubiquemos a un nivel de alta competitividad que nos permita mantener un desarrollo científico acorde, o incluso superior, a lo que ha sido nuestro desarrollo económico en los últimos años.

Otra cuestión clave. Bien sabemos que la universidad la construyen entre todos, maestros y discípulos. Sin embargo, el panorama de la representación estudiantil aparece oscurecido, por

decir lo menos. Las principales federaciones estudiantiles, salvo excepción, viven de los recuerdos y los hoyos económicos; sus estudiantes y la autoridad, en los grandes temas universitarios, no encuentran interlocutor válido; las buenas propuestas estudiantiles y los buenos dirigentes brillan por su ausencia. Y el sistema universitario sigue esperando formas de representación estudiantil que lo potencien.

Una última observación, sobre los llamados grandes desafíos nacionales, la pobreza y la educación. Nuestro sistema universitario debe estar consciente de los grandes niveles de pobreza existentes en Chile y la necesidad urgente de mejorar las condiciones de vida de los más pobres. En todo esto los universitarios tienen una responsabilidad social ineludible y enormes ventajas comparativas para afrontar el tema con rigor científico y renovada vitalidad. En cuanto a la educación, sabemos que todo esfuerzo por mejorarla será vano si no asumimos con energía la renovación de los estudios de Pedagogía y la incorporación de profesores con vocación y talento a nuestra enseñanza básica y media.

En la Universidad Católica ha culminado un proceso, pero se inicia otro. El nuevo período del rector Vial Correa culmina el 11 de marzo del año 2000. Junto con toda su comunidad universitaria, deberá crear las bases para enfrentar los apasionantes desafíos del tercer milenio. Que no sea una isla: nuestro país en su conjunto debe ser capaz de poner en sólidos cimientos un renovado sistema universitario más justo, de excelencia y que sea un foco cultural de primer orden.

**Alejandro San Francisco Reyes** es estudiante de Licenciatura de Historia y fue presidente de FEUC en 1994.

## El hombre que señaló caminos

**ANDRÉS AYLWIN A.**

Palabras surgidas de los más diversos actores del acontecer nacional han descrito a Bernardo Leighton, recientemente fallecido, como un modelo de lo que debe ser un político; el de ayer, el de hoy y el de siempre. Efectivamente, se le ha individualizado como un hombre bondadoso, sencillo, consecuente, modesto, con gran capacidad y visión, ajeno a la publicidad, servidor de Dios entre los más pobres y apóstol de la paz y de la justicia social. Igualmente, se ha dicho que él fue uno de los más grandes políticos del presente siglo; encarnación de la virtud y el ejercicio del poder en una síntesis vital; político cristiano de excepción, que no tenía espacio para el odio en su corazón y que hizo honor a la política y a los políticos en todos los importantes cargos por él desempeñados: ministro, diputado, profesor universitario, dirigente de la Democracia Cristiana, vicepresidente de la República.

En medio de todas estas expresiones, pareciera que ya nada nuevo se pudiera decir sobre Bernardo Leighton. Por lo mismo, deseamos ahondar un poco en relación al período tal vez más difícil de su existencia, allí donde su impresionante vocación democrática fue puesta a dura prueba en un clima de tremendas incomprendiciones. Fue justamente en esos tiempos, antes y después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, donde tal vez mejor se pudo apreciar todo el coraje, visión política e impresionante consecuencia de Bernardo Leighton.

Efectivamente, para cualquier persona resulta fácil individualizarse como demó-

crata y rechazar líricamente toda expresión de uso de la fuerza en la vida política. Pero, indudablemente, no es lo mismo demostrar esa vocación democrática cuando un sector importante de la comunidad nacional se siente acorralado y alienado por la publicidad y tentado con una solución antidemocrática. Fue justamente esa la realidad vivida antes del golpe militar y fue en ese contexto que Bernardo Leighton afirmó con notable vehemencia que sólo con métodos democráticos se podía defender la democracia.

Fue en aquellos días cuando Bernardo Leighton fue más grande que nunca, tal vez demasiado impotente para imponer la paz y el entendimiento en tiempos que la irracionalidad invadía aún las mentes más lúcidas. Fue justamente en esas circunstancias cuando Bernardo Leighton se convirtió, más que nunca, en luz y esperanza para muchos, al afirmar con fuerza su fe en los grandes valores de la paz y la democracia. Así, en aquella encrucijada, Bernardo Leighton se erigió nuevamente como el guía, padre y hermano de muchos hombres, mujeres y jóvenes de nuestra patria.

Soy testigo de que nunca antes del 11 de septiembre de 1973 Bernardo Leighton actuó con odio o desesperación. Tenía una

extraordinaria fe en los hombres y la convicción más profunda de que se impondrían el diálogo, la paz y la razón para evitar la tragedia. Así nos lo reiteró, por última vez, al anochecer del 10 de septiembre de 1973 en los comedores del viejo edificio del Congreso Nacional.

Sin embargo, apenas horas después, las movilizaciones de tropas, el silenciamiento de las radios y los bandos militares se encargaron de desmentir su inagotable bondad. El diálogo había fracasado. Desde entonces, para Bernardo Leighton nunca las cosas volverían a ser iguales, por mucho tiempo al menos, pues la libertad era para él como el aire.

Ese 11 de septiembre, por la mañana, llegamos a casa de Bernardo un grupo de sus amigos más íntimos. Él insistió en ir a La Moneda, lo que a esa hora era ya imposible. Allí, en su casa, redactó una declaración pública que firmamos varios de los dirigentes y parlamentarios democristianos que pudimos llegar a su hogar. En esa declaración se condenaba categóricamente el golpe militar y se expresaba, entre otros conceptos, que "consideramos que nuestra suprema responsabilidad en esta hora, que asumimos por encima de toda otra consideración, es proseguir la

lucha por la restauración de la democracia chilena, fuera de la cual carecen de vigencia los principios de la Democracia Cristiana". Ese mismo 11 de septiembre, Bernardo interpuso telefónicamente el primer recurso de amparo durante el período autoritario, en favor del entonces ministro del Interior, Carlos Briones.

Los días siguientes fueron particularmente difíciles para Bernardo. Estaba herido en el alma y no podía creer lo que veía o escuchaba. Ya no podía hacer lo que siempre había hecho, caminar tranquilamente por las calles, en medio del cariño de todos, diciendo a cada uno una palabra de aliento.

Por eso, a los pocos meses partió transitoriamente a Italia. Después vino el decreto que lo condenaba al exilio y, posteriormente, el atentado criminal en Roma, en contra suya y de Anita. Dramático destino para un hombre de paz.

Al día siguiente de ese cruel atentado, acá en su patria, en plena Alameda, un grupo de amigos y camaradas suyos gritaría con fuerza: "Libertad", tal vez por primera vez en mucho tiempo y en ese lugar, sumando su dolor a muchos otros dolores, pasados o futuros, que con el transcurrir del tiempo formarían esa enorme marejada humana que recuperó nuestra democracia. Así fue el "hermano" Bernardo: amigo de todos, sencillo, generoso, con infinita capacidad de perdonar, pero intransable y fuerte en la defensa de principios y valores fundamentales.

**Andrés Aylwin Azócar** es diputado del PDC por San Bernardo.